

PILAR CERNUDA,
PERIODISTA

Sin papeles

En Nouadhibou, la ciudad costera situada más al norte de Mauritania, treinta mil personas llegadas de todas partes de África aguardan el momento oportuno para tomar el barco que les llevará hasta algún país del sur de Europa. No saben si a España o a Italia, pero les es igual; lo que quieren esos inmigrantes es escapar de la miseria y no les importa ponerse en manos de las mafias que, con frecuencia, les dejan tirados en cualquier lugar a pesar de que les han entregado las exorbitantes cantidades de dinero que exigen para el “viaje” y que cada uno de los que quieren ir a Europa ha tardado años en conseguir.

En el otro lado de las fronteras de Ceuta y Melilla con Marruecos, centenares de subsaharianos están atentos para saltar la valla y miran angustiados los cambios que han emprendido las autoridades españolas, con una nueva malla tan tupida que ni siquiera permite enganchar los dedos para trepar hasta lo alto. No les asustan las balas o las pelotas de goma de la Policía marroquí o de la Guardia Civil, su desesperación es mayor que su ansia de supervivencia. En su país de origen no tienen posibilidad de salir adelante y sueñan con

Miles de familias españolas cuentan con abuelos que emigraron hacia América o países del centro de Europa porque aquí no tenían dónde caerse muertos

alcanzar las costas españolas. Ceuta y Melilla son nombres que se pronuncian con veneración, como Lampedusa, Puerto Rosario o Algeciras. No son capaces de situar ninguna de esas ciudades en un mapa, pero saben que llegar a ellas puede significar la salvación aunque también son

conscientes del riesgo de devolución, lo que más temen.

La colaboración policial con Marruecos y Mauritania, más las noticias de que en el sur de Europa el nivel de desempleo convierte en tarea imposible encontrar un trabajo, ha provocado un descenso considerable del número de inmigrantes que tratan de cruzar de forma ilegal las fronteras del sur de Europa; pero cuando la miseria aprieta hasta ahogar, nada ni nadie puede detener a un padre de familia que no tiene ni un vaso de agua que dar de beber a sus hijos o a una madre que ha visto morir de hambre a su último bebé y se siente capaz de cualquier cosa, cualquiera, con tal de salvar la vida al que va a nacer.

La UE ha creado a finales de 2013 Eurosur, un organismo al que se han sumado una veintena de países miembros, entre ellos España e Italia, que trabaja ya estrechamente con Frontex, encargado del control de las fronteras exteriores de Europa. España, por otra parte, ha tomado la iniciativa de reunir periódicamente a los ministros de Exteriores de los países de la UE con frontera al Mediterráneo, pero todos esos esfuerzos sirven de poco ante los hombres y mujeres dispuestos a

perder la vida si no logran alcanzar una costa que para ellos significa la única puerta para tener vida.

En Nouadhibou, en el monte Gurugú, o en Banzú se ven multitudes que, como sombras, como sonámbulos, vagan de un lado a otro a la espera del momento de dar el salto a la libertad, trepando una valla, cruzando escondidos la frontera, o echándose a la mar en una patera sobrecargada y en condiciones precarias de navegación. No entienden de Eurosur ni de Frontex, ni de leyes, no les importa que en los países que se han marcado como destino existan leyes que deben cumplir, normas que respetar y guardias de frontera que están atentos a que no pase nadie de forma ilegal. Guardias además que ponen sus cinco sentidos en el trabajo de bloqueo, entre otras razones para impedir el tráfico de droga, que también fluye del sur hacia el norte y con frecuencia por las mismas rutas que los inmigrantes.

Todos esos hombres y mujeres sin papeles —no los llevan encima para ocultar su origen y no ser devueltos— tienen detrás una historia conmovedora, casi siempre cruel; historias de miseria, enfermedad, dolor y desesperanza. Historias con niños de ojos grandes y profundos que miran sin mirar, que ansían un mendrugo de pan que llevarse a la boca, un sorbo de agua o la caricia de una madre a la que faltan fuerzas para acariciar porque todo su pensamiento está puesto en qué hacer para dar de comer a sus hijos.

En Lampedusa se produjo hace unos meses una escena que encogió el alma: el naufragio de un buque de inmigrantes al que los pescadores no se atrevían a ayudar porque las leyes de su país castigaban a quienes acogían o prestaban auxilio a los inmigrantes. Trescientos de ellos murieron ahogados, aunque al final los propios pescadores y marineros se olvidaron de la ley para acudir en socorro de los que se hundían irremediamente. El Papa Francisco fue el primero en acudir al lugar de la tragedia que sacudió al mundo y que obligó al Gobierno italiano a anular las leyes inhumanas con las que trataban de poner freno a la inmigración ilegal.

Algo hay que hacer para detener el flujo migratorio, pero cuesta. Miles de familias españolas cuentan con abuelos y bisabuelos que emigraron hacia América o países del centro de Europa porque aquí no tenían dónde caerse muertos. Su miseria no era tan acuciante como la de los que ahora llegan, pero aunque sea solo en homenaje a su recuerdo, es obligado hacer el esfuerzo de afrontar el problema con la máxima sensibilidad. A los maleantes, que son multitud, todas las barreras posibles y el peso de la ley; a los que huyen del hambre y la persecución política y racial, al menos buen trato. Incluso si las leyes obligan a devolverle a su puerto de salida. No merecen menos aunque sean de otra tierra, de otro color, de otra cultura y vengan sin papeles.

Una sonrisa o un apretón de manos no cuesta nada, y lo agradece incluso el que se ve señalado con el dedo que apunta hacia el camino del retorno.

